

## LA PROTAGONISTA ERES TÚ

María está sentada un día más en el pequeño despacho de la doctora Garoz. Otra vez ha aprovechado que su marido está trabajando y su hija en la guardería. No quiere que nadie sepa que visita a una psicóloga y, menos aún, que lo hace en un Centro de la Mujer, en la otra punta de la ciudad.

-Dime, María, ¿qué te ha dicho esta vez?

-Lo de siempre, que no hago nada bien, que no sé cocinar... No le gustó la comida que le preparé ayer, la tiró por la ventanilla del camión y se fue a comer a un bar de la autovía.

-¿Sólo eso o hubo algo más? -insiste la doctora-

María agacha la cabeza avergonzada, una vez más, como si quisiera sentirse más pequeña aún. Hasta el punto de desaparecer debajo de la mesa convirtiéndose en una minúscula mota de polvo, y así, pasar desapercibida para todos, incluso desea quedarse allí para siempre.

-Regresó borracho a casa y empezó a despreciar mi forma de cocinar, después se quejó de que la cena aún no estaba lista. Se rió de mí porque estaba en pijama y con la bata y las zapatillas de andar por casa. Me volvió a decir que tenía que arreglarme más para él, que la niña ya tenía que estar dormida y que ya iba siendo hora de darle un hermanito, tanto si quería como si no.

-Y tú cediste una vez más, ¿cierto?

-Sí, no quería que se enfadara más conmigo. Si le llevo la contraria se pone hecho una fiera.

-¿Te llegó a levantar la mano?

-No, ya le he dicho que nunca ha llegado a ese punto, pero es que me siento muy mal, doctora, no sé cómo explicarlo.

-No me extraña, sigue María, puedes contarme todo lo que quieras, hablar te sentará bien.

-Pues verá, es que yo ya no sé cómo atinar. Unas veces viene de buenas y, si estoy trabajando, hasta me ayuda en la casa y juega con la niña.

-Pero eso no debe hacerlo solamente mientras tú estás trabajando, es corresponsabilidad, o sea, tarea de los dos ocuparse de la casa y de los hijos, según acordéis mutuamente, dependiendo de las capacidades de cada uno y de vuestros horarios.

-Ya, si se lo digo a veces, pero no siempre quiere porque llega cansado del trabajo y no quiere colaborar.

-Y cuando tú trabajas también llegarás cansada y querrás relajarte ¿o no?

-Pues claro, pero me agobio mucho y tengo que darme prisa para tenerlo todo a punto cuando él llegue. No me da tiempo ni a rascarme, ni si quiera a sentarme tranquila a ver una película o a leer un libro.

-¿Te gusta leer, María?

-Me gustaba, en mi etapa de estudiante leía mucho, pero luego con el trabajo, la casa y la niña lo fui dejando.

-Te voy a prescribir algo, a modo de receta médica. Ve lo antes posible a la biblioteca más cercana y coges este libro.

-¡Ufff...! Llevo un siglo sin pisar una biblioteca, a mí no se me ha perdido nada allí, pero si además no tengo tiempo.

La doctora Garoz anotó en un pequeño *post-it*: “La princesa que creía en los cuentos de hadas”. Se lo entregó a la paciente y ésta puso mirada de incrédula ante aquel trozo de papel que le entregaban como solución a sus problemas.

-¿Esto es para entretenerme yo o para leérselo a mi pequeña?

-Es para ti, no es un libro infantil. Léelo con atención, sin prisas, cuando encuentres un hueco. No hace falta que vengas a comentármelo, tú sólo léetelo y lo disfrutas.

Aquel día María salió de la consulta algo decepcionada. Su psicóloga parecía que quería quitársela de en medio, esta vez no trató de consolarla o de animarla para que pusiera una denuncia. Ni siquiera mencionó el tema del maltrato psicológico. No le cabía duda de que ella era un número más incluido en alguna de esas estadísticas que se hacían para rellenar encuestas, un porcentaje de algún estudio que no servía para nada. Quizá sirviera para completar un espacio libre de algún telediario.

“A tu biblioteca más cercana”, “coge este libro”, “léelo con atención”... Retumbaban en su mente aquellas palabras mientras conducía y aprovechó que aún faltaba una hora para recoger a su hija. Se acercó a la biblioteca de su barrio y pasó al edificio que tantas veces había visitado en su época de adolescente. Mientras subía la escalera se sorprendió al ver, justo en frente, un ascensor y, a su lado, un cartel aconsejando un uso responsable del mismo. Cuando llegó a la segunda planta lo hizo con miedo, como si estuviese en un lugar prohibido para ella, demasiado grande para su estatura tan pequeña. No quiso llamar mucho la atención ni parecer perdida entre aquellas paredes. Después de buscar por orden alfabético no encontró el dichoso libro; ni por el título ni por su autor, ni en la zona infantil ni en la de adultos. Casi se dio por vencida y ya cerca de la puerta, por la que había entrado hacia unos diez minutos, la bibliotecaria le ofreció su ayuda muy amablemente. María le tendió el papelito que llevaba en la mano, acordándose de los cartones de medicamentos que se les solían entregar a los médicos para que hicieran las recetas y de las palabras de la doctora que bromeó con lo de la prescripción médica.

-Claro que no lo encontrabas, es que este libro lo tenemos en la sección de “Autoayuda”, ven por aquí.

Allí estaba y muy cerca otro que la bibliotecaria sacó de su sitio y le tendió a María.

-Éste también te lo recomiendo: “El caballero de la armadura oxidada”, te van a encantar los dos, son pequeños y se leen muy fácilmente.

-Me estoy acordando de que no he traído carnet de la biblioteca, ni siquiera sé si aún lo tengo, hace mucho que no paso por aquí.

-No hay problema, dime tu nombre y apellidos y te busco, seguro que apareces en el fichero. Si te hiciste aquí tu carnet, guardaremos una fotocopia aunque hayan pasado muchos años.

Su rostro lo dijo todo al ver la pequeña tarjeta rosa con su foto en blanco y negro. No pudo evitar que se le escapara un suspiro.

-¡Qué joven era!

-Pero si aún eres joven, mujer. Si tú quieres puedo hacerte el carnet nuevo, nos acaban de traer la *WebCam* y nos estamos modernizando. Además, con él puedes acceder a todas las bibliotecas de Castilla - La Mancha, incluso a la Regional. Libros, películas, material didáctico...

-Muchas gracias, en otro momento, no quiero llegar tarde a la *guarda*, debo recoger a mi hija dentro de poco. Cuando venga a devolver estos libros, lo renovamos.

-Por cierto, ¿no querrás formar parte de nuestro Club de Lectura? Se han dado de baja algunas personas mayores y me gustaría meter a nuevos lectores, a ser posible, más jóvenes. Si te animas, nos reunimos todos los jueves a las cinco de la tarde.

-Me lo pensaré, aunque no sé si podré con la cría.

-No te preocupes por ella, puedes traerla contigo. Algunas madres traen a sus hijos y se quedan en la sala infantil que está aquí al lado. Al mismo tiempo que leen o pintan, se entretienen aprendiendo con otros niños.

El cambio de rutina de aquel día significó un antes y un después en la vida de María, ¿para bien? Claro que sí, pero aún no se podían tirar cohetes. Esa misma noche, había un elemento distinto en el dormitorio: un libro sobre la mesilla de María. El otro, lo tenía guardado en el primer cajón, para que no ocupara tanto espacio arriba. Cuando su marido salió del baño y la vio leyendo en la cama, con la luz de su lámpara, no tardó en burlarse de ella.

-No te faltaba ya otra cosa que hacer más que leer en la cama... ¿Qué te crees que así vas a volverte más lista?

-No es eso, sólo quería distraerme un poco.

-Para distraerte en la cama ya estoy yo, no hace falta que te traigas aquí libros, si acaso el Kamasutra, a ver si se te pega algo...

-Es que ahora me apetecía leer un poquito.

-Pues “ahora” a mí me apetecía otra cosa y me molesta que leas. Por cierto, mañana salgo temprano para Cuenca, así que si no quieres que adelante el viaje, apaga la luz de una vez y lees mañana cuando yo no esté.

En vez de apagar el interruptor, María cubrió la tulipa con una toalla para volver más tenue la luz de su bombilla. Así, en penumbra y entre algunas vueltas, ronquidos y murmullos de su pareja, María se fue adentrando en las páginas de aquel libro. Aunque era muy diferente a todo lo que la rodeaba, al mismo tiempo le resultaba algo familiar. Se sintió como la protagonista: ingenua, triste, humillada, decepcionada, pero también princesa de cuento. A medida que iba leyendo se fue abandonando a un profundo sueño que hacía años que no disfrutaba. A la mañana siguiente despertó sola en su cama con el despertador que la avisaba para ir al trabajo y, de paso, dejar a su hija en la guardería. No recordaba haber tenido ninguna pesadilla aquella noche, todo lo contrario: había tenido “dulces sueños” como los que le deseaba a su pequeña después de arroparla y darle el beso de buenas noches en la frente.

Tras ese primer libro de ayuda vinieron muchos más. No sólo empezó a leerle cuentos a su hija para dormirla, también leía para ella misma y así conseguía conciliar el sueño cada noche. Bueno, había noches de todas, como en muchos hogares, pero esa es otra historia y merece ser contada en otra ocasión.

A los pocos días se integró en el Club de Lectura de su biblioteca, que no sólo se reunía semanalmente para comentar los libros que leían; también tenían encuentros con autores, realizaban actividades culturales, excursiones, meriendas... Podría decirse que, en la biblioteca de su barrio, María había encontrado una segunda casa; un lugar de vacaciones, un refugio en tardes de tormenta, una motivación para afrontar los momentos difíciles y para disfrutar de los agradables. Gracias a los libros descubrió a Diana, la diosa griega de la caza, y sintió como ella

que tenía absoluta libertad para dedicarse a lo que más le gustara en la vida, sin las reglas que le impusiera la sociedad. Disfrutó de los mismos bosques y ríos por los que la diosa solía salir de caza sola, o en compañía de muchas más jóvenes como ella. De la misma forma, cuando descubrió el amor de un mortal que yacía dormido, también gozó imaginándose cómo sería contemplarlo con sus propios ojos, a través del ser mitológico al que acababa de encontrar en la lectura. Otro día se sintió un poco monja, si es que se puede llegar a sentir algo así sin serlo. Fue tras leer un librito sobre la vida de Santa Teresa de Jesús. A parte de sentir fascinación y admiración por la santa, recordó que su infancia y el principio de su adolescencia, fueron muy parecidos a los suyos. También llegó a entender la poesía y a las poetisas (curiosamente seguía identificándose con personajes femeninos, quizá sólo por el hecho de ser mujer). Comprendió a Gloria Fuertes e incluso se rió con ella, a pesar de llevar ya unos años en mejor vida. Se emocionó con su tocaya María a través de sus versos y su voz, un día que se acercó hasta El Alcázar, sólo para conocerla. Allí también conoció a Consolación, que le presentó a “Una mujer de la Oretana” y a Inma con su “Tiempo de arena”, a Mariantonia (que estaba “Conectada”)...

Resultó que, a veces, llegaba a confundir su vida con la vida de las protagonistas de los libros que leía. En raras ocasiones hasta dudaba de si sus acciones eran completamente suyas o, por el contrario, estaban influenciadas por los argumentos que devoraba casi todos los días. Tal fue su temor que paró de leer por una larga temporada y decidió calmarse y reflexionar. Meditó despacio todo lo que le estaba sucediendo, valoró todo aquel poso de sabiduría y de emociones que había adquirido en su etapa lectora y tomó la determinación de volver a la consulta de su psiquiatra. Habían pasado cerca de dos años cuando la doctora Garoz volvió a abrir la puerta de su consulta a María. Fue una sorpresa muy agradable y al pedirle que tomara asiento no pudo evitar felicitarla, tenía un aspecto radiante.

-Me alegro mucho de verte, deseaba que mis consejos te sirvieran para algo, aunque por el tiempo transcurrido, llegué a temerme lo peor.

-No se preocupe, doctora, ahora me encuentro mejor que nunca, aunque no sé si estoy disfrutando de mi vida o estoy soñando.

-No te entiendo, recuerdo que en tu última visita te recomendé leer un libro. ¿Te sirvió de ayuda?

-Pues si, su “receta” me cambió la vida. A partir de un pequeño trozo de papel le di la vuelta a muchas cosas y conseguí escribir mi día a día con libertad y sin presiones de ninguna clase.

-¡Por fin! ¿Te decidiste a denunciar?

-Esa es otra historia, algún día la escribiré. Ahora he escrito la mía en este cuaderno, espero que la disfrute al leerla. Es mi forma de hablar y me ha sentado muy bien.

-“DIARIO DE UNA PRINCESA QUE CREYÓ EN LA LECTURA”